

EN UN DIA DE MAYO

Por

Fernando C. NICOLAS Vargas
Subteniente (Rva.)
Armada de Chile

El espíritu revolucionario que imperaba en un gran sector de la población alemana al término de la Primera Guerra Mundial, que fue incubado como consecuencia de la insuficiencia económica producida durante e inmediatamente después de finalizar el conflicto bélico, se convirtió en esos años en un nacionalismo chauvinista, y el espíritu aventurero que inevitablemente implica la aceptación del riesgo, impulsó a este sector de la población alemana hacia objetivos ambiciosos y violentos, y no transcurrirían muchos años en la vida de ese país para que se viera envuelto en otro conflicto que lo hundiera en el caos total.

El hombre que fue capaz de provocar estos cambios, el de levantar a su país de una derrota para después conducirlo a otra peor, se llamó Adolfo Hitler y a él le dedicaremos algún espacio, para así poder comprender el escenario político-estratégico de la Europa de aquellos últimos años treinta.

Las pasiones políticas desatadas al final de la Segunda Guerra Mundial y la presión ejercida por los Gobiernos comprometidos en este conflicto, han impedido situar en una exacta posición la acción de este hombre y su influencia en la historia.

Nos parece que ya es hora de juzgarlo fría y objetivamente. El tiempo transcurrido y el material acumulado por los investigadores, ya permiten evaluar los antecedentes para cumplir con este propósito y será el lector quien hará su crítica en última instancia.

Creemos honestamente que no es una locura comparar figuras históricas trascendentales estableciendo un paralelismo entre ellas. Por lo demás, los hombres de Estado y los grandes conductores de pueblos nunca han dejado de estudiar los actos de sus antecesores para evitar los errores por ellos cometidos y lo que ocurre muy a menudo, para imitarlos.

Así las cosas, continuaremos el camino tímidamente iniciado por otros en estos últimos años y no dudamos en señalar que, en nuestra opinión, es posible situar en un mismo plano a dos hombres que, cada uno en su época, revolucionaron al mundo: Napoleón Bonaparte y Adolfo Hitler.

Napoleón fue un hombre de armas excepcionalmente brillante que vivió para la guerra, utilizando su amplia y no discutida formación profesional.

Hitler fue sólo un aprendiz de soldado, que ocasionalmente vistió un uniforme militar, combatiendo en el frente y ganando apenas el galón de cabo.

Esta aparente disimilitud entre ellos se esfuma ante un hecho irrefutable: el genio militar de ambos para enfrentar los mismos problemas y poner en práctica similares soluciones.

Ambos disfrutaron de la misma gloria y también de los mismos fracasos y fueron audaces hasta la temeridad irresponsable. Supieron disponer de sus Jefes y de sus Ejércitos, transformando el arte militar, obteniendo un mejor aprovechamiento en los aspectos estratégicos y tácticos.

Ambos se enorgullecieron ante sus triunfos y no previeron los peligros y las reacciones que arrastraban sus victorias fulminantes.

Hitler fue un hombre que puesto frente a una carta de batalla desbordó a los que lo rodeaban con su imaginación vivísima y su visión táctica.

Se ha hecho frecuente atribuir a sus Generales las grandes victorias y a Hitler las grandes derrotas, ignorando estos críticos, de buena o mala fe, que Hitler fue un absoluto señor general en jefe de sus Ejércitos.

Todo lo que ocurrió dentro de Alemania fue obra única y exclusivamente suya. Fuera de ella, lo ayudaron consciente o inconscientemente los gobernantes de la Europa de aquellos años treinta.

A la luz de los hechos es posible pensar que Hitler tuvo la facultad extraordinaria de la simplificación y de la síntesis, la que sumada a su audacia, le permitió concebir grandes campañas no igualables en el futuro, considerando el actual espectro de la guerra nuclear.

Esto mismo le significó conquistarse la antipatía de la élite militar de muchos Estados, la que dudó de su capacidad y que terminaría siendo aplastada por él.

Su intuición excepcional le permitió prever hechos con una rapidez y sagacidad que paralogizaba a sus oyentes, despreciando la decantación burocrática que sólo el tiempo puede clarificar.

Esta influencia nefasta para la Humanidad, ya que él solo fue un señor de la guerra, la sufrieron sus compatriotas y todos los países europeos.

Cometió un error capital: haber despreciado la paciencia y no activar la movilización general de su pueblo y de sus recursos para absorber la presión de una guerra total. Trató de enmendar rumbo cuando prácticamente se luchaba ya en el suelo patrio.

El Mariscal Keitel, en el curso del juicio de Nuremberg dijo de Hitler que era un hombre que no había recibido ninguna clase de instrucción militar, pero tenía intuiciones de genio. Se había formado solo y había estudiado por sí mismo estrategia y táctica. Los generales estaban ante él, no como maestros, sino como alumnos.

A su vez, Hitler fue un aventajado alumno de Clausewitz, Moltke, Schlieffen y Federico II.

Los gobernantes de los Estados europeos comprometidos, tampoco pudieron escapar a este influjo fatal y ahora nos preocuparemos especialmente en este estudio de una nación, secularmente adversaria de Alemania, que siendo aparentemente grande, fuerte y poderosa, fue incapaz de prever la hecatombe que se desencadenaría sobre ella en un día de mayo de 1940: Francia.

I

En Abril de 1939, Hitler manifestó al conde Ciano su menosprecio por las Potencias de la Europa central.

Apreció en su justa medida el problema polaco al estudiar la estructura de su población, la que según su juicio, era en su gran mayoría apática e indiferente y no presentaría mayor resistencia en caso de una demostración militar alemana.

Sostuvo que Francia e Inglaterra no ayudarían a Polonia, a pesar de las promesas y de los Tratados, por no disponer de los elementos bélicos para combatir en dos frentes ni voluntad de luchar por algo no sentido como propio.

Dudó de la honestidad del Japón y, esto es fundamental, sobrestimó el poderío y la capacidad ejecutiva de su aliado italiano.

Es posible que esto último haya sido la causa del comienzo del fin del desas-

tre alemán, por cuanto Italia se lanzó a la guerra sin estar preparada para ella y sin haber alcanzado jamás la movilización total, ni en lo humano ni en lo material.

En cambio, y lo dijo en innumerables ocasiones, el peligro principal estaba en el gigantesco coloso soviético.

Su visión de estrategia no le ocultó la amenaza que significaba para sus Ejércitos la distancia de los objetivos y la dispersión entre ellos en el territorio soviético, lo que proporcionaría a la Unión Soviética una gran ventaja en una campaña aérea defensiva.

Más que por el invierno ruso, Hitler fue derrotado por un raro castigo celestial.

Asimismo, no pudo soslayar un peligro que al final significó su ruina: el de la concentración de los centros industriales y mineros de la Europa central, que podían convertirse en un blanco demoleedor para la aviación adversaria.

Los hechos le dieron la razón.

Francia, en cambio, le facilitó sus planes de conquista, con su extraño régimen político de aquellos años. Hitler creyó a pie juntillas en la debilidad francesa.

La creación de los frentes políticos pseudo-revolucionarios, las grandes huelgas, un gobierno parlamentario funesto por lo desorganizado y carente de valor y decisión en la dirección de la política suprema francesa, fueron factores psicológicos desmoralizadores en un período de pre-guerra.

En la confabulación de todos estos factores, influyó hasta el decrecimiento de la natalidad, la que desembocó en el problema sin solución de las "clases vacías" para sus Fuerzas Armadas.

La decadencia intelectual y moral del pueblo francés, azotado por un vendaval de ideas y doctrinas políticas, tampoco lo ignoró.

Como no ignoró la ventaja que significaba enfrentar a un Ejército dirigido por hombres viejos, física e intelectualmente, ardientes partidarios de una doctrina militar eminentemente defensiva, o lo que es lo mismo, estática.

Su doctrina militar se había detenido en las trincheras de 1918.

Esta era exactamente opuesta a la que Hitler exigió de sus generales,

Los grandes problemas franco-alemanes comenzaron en Marzo de 1936 con la ocupación de la Renania. Hitler advirtió, contra el cerrado parecer de sus generales, que Francia no reaccionaría militarmente contra esta ocupación. Su defensa estática le impediría mover su Ejército, y las protestas diplomáticas por violentas que ellas fueran, no le apartarían ni un centímetro de esta decisión. Las palabras en un cuasi conflicto bélico, son nada más que palabras y no producen daño.

El pavor que sintió el Estado Mayor alemán ante esta jugada extremadamente audaz de su generalísimo, se disipó al cabo de una semana cuando Hitler les dijo escuetamente:

—¿Quién tenía la razón?

La política suprema de la Alemania de Hitler, era garantizar la seguridad y el desarrollo de su pueblo. En otras palabras, significaba el agotamiento físico para su país el mantener dentro de sus fronteras a ochenta y cinco millones de almas en un territorio ya demasiado estrecho. Lo primero implicaba lo segundo, y por supuesto, terminaba en el sumar espacio a su propio país.

Y empezó a marchar con paso firme la teoría del espacio vital que se traduciría en una teórica autarquía para el pueblo alemán.

En sus largas charlas con sus generales, o mejor dicho, en sus monólogos, manifestó en alguna ocasión que la tierra no ha sido nunca, ni antes ni ahora, un bien sin propietario. Y aplicó el sabio principio de cómo hacer las mayores conquistas con el mínimo de esfuerzo. Y para esto necesitaba contar con el apoyo de los hombres de estado eventualmente opositores. Ellos le darían, impulsados por el temor y la inacción, lo que él deseaba sin llegar a una guerra franca y declarada.

Pero Francia e Inglaterra estaban en frente suyo, si no para destruirlo, por lo menos para obstruirlo. En todo caso, esta obstrucción sería lo suficientemente precaria como para permitir una expansión territorial y un rearme simultáneos, ambas cosas apetecidas por cualquier gobernante y que a él se lo concedieron en exceso.

Hitler ambicionaba como uno de sus más caros sueños la anexión de Austria

y los Sudetes sin llegar a una lucha declarada contra Francia, Inglaterra y la Unión Soviética, lo que le significaría una prematura lucha en dos frentes.

El no estaba en condiciones de iniciar la guerra de inmediato, pero tuvo fe en la debilidad de los hombres de Estado de aquellos países para oponerse a sus planes expansionistas.

Dos grandes interrogantes: ¿Cuándo? ¿Cómo?

¿Cuándo? Se barajaron varias hipótesis de guerra y ganó aquella de entablar combate contra Francia y una tercera Potencia, después de haber liquidado el problema austro-checo y el problema polaco.

Hubo un cambio.

Hitler pronosticó el conflicto para Septiembre de 1938 y en realidad esto iba a ocurrir en Septiembre de 1939 aun cuando sus planes armamentistas figuraban como plazo final el año 1944. Los que iban a morir en esta larga guerra podían disfrutar de un año más de vida gracias a la generosidad de Hitler.

Una vez superada la crisis checa gracias a los buenos oficios de Chamberlain y Daladier, Hitler volvió a sus antiguos pensamientos. El enemigo en quien pensaba era Francia y no Polonia. Había que luchar frente por frente y no en dos o tres simultáneamente, por lo tanto había que buscar la solución en el Oeste para expandirse en el Este.

¿Cómo? Pues eliminando el peligro polaco en el Este para posteriormente girar con todo el peso de sus Ejércitos hacia el Oeste.

Una vez libre de estos problemas militares, ya se dispondría del tiempo necesario para solucionar los problemas británico y soviético.

¡Pocas veces en la historia de la Humanidad se pudieron haber dado cálculos tan fríos, tan dramáticamente fríos!

Había que neutralizar en el primer momento la actitud británica y francesa para que se desentendieran del asunto polaco, atrayéndose a los soviéticos a un compromiso de paz que permitiera fijar una nueva frontera en Polonia, y que fuera un atrayente y efectivo tranquilizante para su gigantesco vecino,

En las maniobras polacas, Hitler tuvo su primera y gran participación como estratega, al planificar el movimiento de Mlawa y la captura de Varsovia por su retaguardia. Aquí demostró ampliamente su genio militar, por cuanto se preocupó personalmente de todos los detalles, limitándose su Estado Mayor a ejecutar sus directrices.

II

Han pasado los meses y ya afloran los primeros antecedentes para configurar la Campaña de Francia.

El Mariscal Keitel dijo que desde el punto de vista estrictamente militar, el Estado Mayor alemán esperó un ataque occidental durante las maniobras en Polonia.

Sorprendió que no ocurriera ninguna acción. La Westwalle disponía apenas de veinte divisiones para su defensa y no aptas para un combate inmediato.

Si Occidente atacaba, Alemania habría podido disponer sólo de un simulacro de defensa ante más de cien divisiones occidentales.

¡Una oportunidad más perdida!

Hitler hizo su juego basado en el cálculo psicológico, lo que a menudo es la forma más elevada del cálculo estratégico.

El Estado Mayor francés analizó con el detenimiento esperado la maniobra polaca. Su servicio de Inteligencia la describió con exactitud, pero en forma cuidadosa para no disgustar al Estado Mayor. Advirtió el fracaso de la defensa lineal estática, la preeminencia de la velocidad sobre la potencia de fuego, el nuevo concepto de maniobra en las operaciones de la infantería-artillería y de los grupos acorazados-aviación, operando con sus velocidades propias y en mutua independencia.

El 2e. Bureau estudió a fondo los movimientos de Mlawa, Varsovia y la Galitzia. No soslayó la influencia sobre la moral de las tropas de los ataques de las aviación, el lanzamiento de tropas aerotransportadas, el atochamiento de los nudos carreteros por grandes masas de civiles en franca huida sin destino. La burocracia militar de aquel entonces hará que este informe y sus conclusiones lleguen a los Estados Mayores en el frente

durante los días de Mayo, justo a tiempo para comprobar su veracidad y su inutilidad.

A pesar de todas estas ventajas dadas por los franceses a los alemanes, el Estado Mayor de estos últimos, apegado a una formación profesional heredada de la Primera Guerra Mundial, no había asimilado aún en forma total el significado de la revolución de la táctica con la introducción de lo que alguien denominó como caballería de hierro a los tanques y artillería volante a la aviación.

Desconfiaba de esa criatura nacida de la mente de un hombre ambicioso como quizás no vuelva a existir en la Tierra, y hubo un instante en que dudaron de su propia capacidad para conducir en el campo de batalla tan enorme dispositivo militar.

En las conferencias preparatorias al ataque alemán, Hitler manifestó que respetaría el territorio holandés con la excepción de la saliente de Maastricht, previo acuerdo con la Reina Guillermina. A poco andar, alargó su brazo hasta la línea del Grebbe, para terminar con el ataque a la "fortaleza de Holanda", cuya neutralidad no hacía mucho tiempo había prometido respetar.

Es decir, Holanda se convertiría en algunos meses más, o quizás semanas, en otro país conquistado.

No fue fácil elegir la maniobra de ataque en el Oeste, por cuanto el Estado Mayor alemán pensaba atacar con una poderosa ala derecha, dando la batalla en Bélgica. Ni más ni menos que el Plan de Schlieffen de 1914.

Hitler una vez más tomó las riendas y la decisión, la que sólo puede calificarse de genial: el Plan de Sedán.

¡Obra maestra y digna de estudio, ¡proyectada y realizada por un civil!

Hitler proyectó de su propia mano la operación de Gante, la toma de los puentes sobre el Mosa en Mordryck, Dordrecht y en Rotterdam, la toma de la fortaleza de Eben Emael, haciendo uso en todas ellas de una nueva arma revolucionaria: las tropas aerotransportadas.

Mientras tanto, ¿qué era lo que esperaba Francia? ¿Cuál fue la causa del colapso que echó por tierra la victoria de 1918, la que había costado tanta sangre a la nación francesa, como la de

1.500.000 hombres que cayeron en vano?

Solamente veinte años después de su sacrificio, Francia fue totalmente ocupada y sufrió la humillación impuesta por aquella nación vencida en 1918.

III

En el aspecto militar, Alemania había movilizado para cumplir con las necesidades mínimas de su Ejército a 2.758.000 hombres, los que se desglosaban en 1.800.000 hombres entrenados militarmente (tropas regulares y reservas) y 958.000 hombres para la guarnición territorial del país.

A su vez Francia movilizó a 2.776.000 hombres para estacionar en las fronteras y 2.224.000 hombres para la guarnición territorial, excluyendo a aquellas clases especiales retenidas para los efectos de la movilización industrial y agrícola. Hay que agregar a esto que, aunque en teoría, todas las reservas habían completado períodos de entrenamiento de un año, dieciocho meses o dos años según la especialidad del arma.

Los franceses admiten, siempre basados en antecedentes estadísticos, que inicialmente y sin contar con el eventual apoyo militar británico, se encontraban en una relativa igualdad con Alemania y que la ventaja del entrenamiento militar estaba de parte de Francia hasta 1939.

El General Gamelin manifestó, muy optimista, que en todo el Cuerpo de Oficiales franceses era marcadamente superior y formado a través de un largo período de tiempo, en tanto que su similar alemán era de establecimiento reciente.

En lo formal esto es cierto. En el fondo, la capacidad y la voluntad de luchar fueron opuestas.

El Ejército alemán, en un principio estaba formado por 52 divisiones activas, pudiendo alcanzar bajo una casi plena movilización en 1940, la cantidad de 103 divisiones: 89 divisiones de Infantería, 5 divisiones acorazadas, 4 divisiones acorazadas ligeras, 1 división de caballería y 4 divisiones motorizadas.

En el lado francés, al comienzo de las hostilidades en 1939, había 45 divisiones que se extendieron hasta 99 divisiones en 1940; 81 divisiones de Infantería,

2 divisiones mecanizadas ligeras, 3 divisiones de caballería y el equivalente a 13 divisiones estacionadas en los sectores fortificados de la frontera, más 7 brigadas de caballería y sólo 2 brigadas acorazadas.

Para los tristes días de Mayo de 1940, el Ejército alemán constaba ya, después de un gran esfuerzo, de 135 divisiones sobre la Westwalle, consistentes en 118 divisiones de infantería, 4 divisiones motorizadas, 10 divisiones acorazadas, 1 división de caballería y 2 divisiones S.S. motorizadas.

Francia también hizo lo suyo y estacionó 94 divisiones en el frente Noreste y en su retaguardia, de las cuales eran 70 divisiones de infantería, 3 divisiones acorazadas, 3 divisiones mecanizadas ligeras, 5 divisiones de caballería y el equivalente de 13 divisiones estacionadas en las fortalezas fronterizas.

A todo esto hay que agregar 10 divisiones del Cuerpo Expedicionario inglés.

Por lo tanto, se enfrentaron finalmente en el oeste 135 divisiones alemanas a 104 divisiones franco-inglesas más las 24 divisiones del Ejército belga. Hubo entonces cierta similitud en la formación de las grandes unidades.

No hay que olvidar que el Ejército francés tuvo su lado sumamente débil al clasificar a parte de él en clases A y B. Las divisiones de la clase A estaban

constituidas en torno a núcleos activos, mientras que en las divisiones de la clase B, el Ejército activo estaba representado sólo por los Jefes de Cuerpo. Se necesitaba una muy fuerte instrucción y disciplina rigurosa para dar a estas divisiones una coherencia admisible en el campo de batalla. Sensiblemente esto no alcanzó a ocurrir.

Los franceses estaban en antecedentes de que el Ejército alemán estaba más o menos en igual situación, pero éste se sobrepuso a los inconvenientes de conformar un Ejército de 135 divisiones haciendo uso de los cuadros correspondientes a 52 divisiones.

Hay que hacer notar que las 14 divisiones alemanas de reemplazos pudieron tomar parte en la Campaña de Francia con cierto éxito, pero no así las 35 divisiones de reserva y las otras divisiones del Ejército territorial.

Este equilibrio aparente de fuerzas se quebró debido a la diferente actuación de cada uno de estos Ejércitos. Uno, para Mayo de 1940, ya tenía la experiencia de las maniobras de Polonia, el otro se mantuvo estático en la frontera. El primero con ocho meses de guerra e intensa preparación militar, el otro cavando trincheras y esperando que sus gobernantes se pusieran de acuerdo en los principios fundamentales de la política francesa a seguir.

(Continuará)